

# De palero a profesor en la Universidad C. R.

Por Hubert Solano

De palero a profesor universitario. Cinco palabras que encierran toda una vida de angustias de un hombre que nació en la necesidad, logró superarse para demostrar su obra, y llegó a dar clases en la universidad como ejemplo valioso a la sociedad.

Es la historia de Macedonio Quesada, quien expondrá sus esculturas primitivas en la galería Jorge Debravo, desde el próximo martes hasta el 21 de octubre.

Nací un 2 de junio allá por 1926, en Vermejo de El Guarco, Cartago. Cuando vine al mundo mis padres campesinos estaban en cama enfermos. Les cayó un aguacero cuando venían a pie de Cartago de traer el comestible. Estaban sudando y la lluvia los enfermó, va diciendo.

En casa éramos siete hermanos. Mis padres tuvieron que vender lo poquito que tenían para poder alimentarnos. Raspaban cabuya. La vendían para hacer mecates y alforjas. Así llevaban los cincos a la casa.

Pero la situación se empeoró. Tenía unos 10 años cuando papá nos obligó a comprar los alimentos, ya que no alcanzaba con lo poco que ganaba.

Unos compraban el maíz, otros de mis hermanos tenían que traer el arroz. A mí me encargaron el dulce. Casi ni aguantaba los tres atados de dulce cuando venía a pie de Cartago. Tenía que coger café, raspar cabuya y trabajar en las fincas para ganarme el dulce.

Mi hermana Florilda murió de parto. Tenía 15 años. Mi hermano mayor cayó muerto cuando trabajaba al campo en una finca de Coris, hace tres años. Los otros cuatro son campesinos. Yo soy el menor.

Yo nací en la necesidad. Cuando era niño mis padres me entretenían con unas figurillas de

vaquitas, gallinas, conejillos, armados y otros, que me hacían con sus propias manos.

Tenía como siete años cuando comencé a hacer mis propios juguetes. La habilidad que tengo en la escultura es herencia de mis padres.

Además, mi abuelo Raimundo Valerín hacía portales, decoraba los altares de las iglesias y tenía varias esculturas. Sus obras nunca se llegaron a conocer.

Recuerdo que me interesé mucho en las figuras que hacía con una cuchilla. Una señora que todavía vive, desde la calle le gritaba a mamá: ¡Mandá a ese vago a trabajar!

Comencé a tallar en palos de poró y de cabuya, por ser más suaves. Después seguí con otros tipos de madera.

Pasaron los años. Nadie conocía mis obras. Cartago siempre ha sido "frío". Tenía que trabajar en el campo, como peón de finca, volando pala.

Trabajé con Daniel Quesada, con los Campos de Arenilla y en la hacienda El Cortijo con "Scoil". Todas las fincas en Coris.

Después de muchacho me fui para Golfito. Eran los tiempos de oro de la Bananera. Allá trabajé en la línea del ferrocarril. También serví como salonerero en el Hotel Latino.

En Golfito hice varias esculturas. Los marineros y la gente de allá me las compraban.

Regresé a Cartago. Mis padres habían muerto. En el 50 me casé con una muchacha de Paraíso, Margarita Burke Alfaro. Se nos murieron tres hijos. Tengo cinco vivos. El mayor está en segundo año en Bellas Artes de la Universidad de Costa Rica. Estudia escultura, pintura y grabado, principalmente.

Este año otro hijo sacará el bachillerato. El que sigue está en tercero del colegio. La muchachilla que tiene 15 años está en segundo. El menor cursa el cuarto grado de la escuela.

Siempre soñaba con mis obras. Hice "El hombre y el sueño". Es un hombre con tres chiquitos. Uno de ellos está dormido. Ese soy yo. Yo estaba dormido para el mundo. Además esa escultura tiene una flor y un perro.

Después hice "El niño sin padre". Sentía los golpes de la vida, aunque había tenido padre. Luego terminé "El mundo es muy pequeño". Me basé en todos mis sufrimientos. Sentía que me ponían un pie en la cabeza y yo estaba amarrado de pies y manos sin poder defenderme.

Concluí otra escultura que llamé "Los que son mandados, no son culpados". Esto por aquello de los mandadores de las fincas y los policías.

Me fui a Cachí. Ahí trabajé en la panadería de los Burke. Es del tío de mi esposa. También hice de carpintero en las casas para peones de la hacienda cafetalera de Alex Murray.

Más tarde trabajé como mecánico de banco en la planta de dicha finca. Luego, con una bomba en la espalda, me mandaron a regar veneno a los cafetales. Ahí también trabajé volando pala como peón de una cuadrilla.

Cuando cerró la hacienda de los Murray pasé a trabajar en la ventana A de los túneles del ICE que hacían en el proyecto hidroeléctrico de Cachí.

Estaba cansado de trabajar con el ICE. Pedí las prestaciones y me las pagaron. Con el dinero que me dieron, volví a la agricultura, pero esta vez a trabajar en lo propio.

Sembré chayotes, tomates, plátanos, almacigales de café e hice otros cultivos. Todos los sábados a las 3 de la madrugada, salía para Cartago a vender las mercaderías.

Fue entonces cuando conocí a don Edgar Bonilla. Era director de la escuela de Cachí. Me nombraron en la junta escolar.

El profesor Bonilla era el único que conocía mis esculturas. El me suplicó que dejara el campo y me dedicara a mis obras.

Le respondí a don Edgar que no podía mantener a la familia haciendo esculturas, pues no se vendían en Cartago. Además, no conocía ni San José.

Uno de los sábados saqué unas esculturas a Cartago. Conocí a don Víctor Cubero. El me presentó a su hermano don Elías. Me rogaron que dejara el campo. Me decían que yo era algo más.

A algunos amigos les cuento que me trajeron amarrado a San José. En una de tantas, un sábado, ellos me trajeron a San José. Cuando me dí cuenta estaba en la escuela de artesanía, a la par de la iglesia La Soledad.

Ahí me enseñaron la escultura chorotega. Sin embargo, la nuestra, la primitiva, no me la enseñaron. Ese es el movimiento que he iniciado: primitivismo y original.



Macedonio Quesada, escultor primitivista.

Vendía obras donde Lachner y Sáenz cuando me descubrió doña Michele, la directora de Ciencias y Letras. Me llevaron como profesor a Bellas Artes. Comencé este año en marzo.

Dos clases sobre mis obras y enseño visión y movimiento. Quiero que los muchachos no sean sólo tallistas, ya que hay que tener esa visión y movimiento.

Gano poco. Me sale como a C78 por lección. Son dos clases semanales. Los miércoles de 9 a 11 y de 6 a 9.

Mi situación económica es difícil. Gasto como C500 semanales. Tengo a todos los hijos estudiando y hay que mantener a mi mujer.

El turismo aquí es poco. Un 90% de mis trabajos los compran los extranjeros, principalmente los norteamericanos.

Voy a exponer 75 obras en la galería Jorge Debravo. Miden desde 1.70 metros hasta pulgada y media.

Mis estudios llegan hasta sexto grado. No saqué el diploma. Tuve un disgusto con el maestro. Dejé en blanco la parte de ciencias.

Artesanía me dio un diploma el año pasado como tallista en madera. También tengo una carta de honor que me dio el Ministerio de Cultura por mi participación en la feria de artesanía que hicimos en el Teatro Nacional.

A través de muchos años los vecinos me han criticado porque me dedico a la escultura. Dicen que mis obras sirven para cerrar las puertas, como si fueran piedras. Ellos no saben de esto y no les hago caso.

En Artes y Letras casi no me permiten la exposición. Pero gracias a Dios intervino la ministra de Cultura doña Carmen Naranjo y ordenó la exposición.

Hay que respetar la obra de cada escultor. Creo que siempre es creada con el corazón, con

sentimiento. Cada uno lo hacemos con amor, concluye don Macedonio con la gran sencillez que lo caracteriza, de un hombre que ha sabido luchar en la vida.



Una talla en madera de Macedonio, que las vende en el Mercado de Artesanía de Lachner y Sáenz en el Paseo Colón. (Foto R. Sandí).



El escultor contempla una de sus creaciones, durante la feria dominical de ayer en Lachner y Sáenz. (Foto R. Sandí).